

Cartago será destruida

el paseo | narrativa

David Monthiel

Cartago será destruida

el paseo, 2024

© David Monthiel, 2024
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2024

www.elpaseoeditorial.com
Colección Narrativa

1.ª edición: junio de 2024

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés
Corrección: Belén García-Alifá
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-19188-46-5
DEPÓSITO LEGAL: SE-1607-2024
CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España

Contenido

La calavera está muerta de risa • 13

- 1. Católica, apostólica y fenicia • 15

Primera parte. Truco y trato • 19

- 2. La familia que reza unida permanece unida • 21

- 3. Atado y bien atado • 24

- 4. El vano ayer • 33

- 5. Puedo prometer y prometo • 37

- 6. Detective por la gracia de Dios • 43

- 7. Café, que le den café, mucho café • 48

- 8. La culpa la tiene (la ensaladilla de) Rusia • 50

- 9. Veinticinco años de Paz • 56

- 10. El baño en Palomares • 62

- 11. Noticiario y Documentales Cinematográficos presenta • 66

- 12. Yo no me vendo, me alquilo • 69

- 13. Contra Franco vivíamos mejor • 72

- 14. Palo y tentetieso • 79

- 15. Viva la muerte • 84

- 16. Los renglones torcidos de Vallejo-Nájera • 84

- 17. La familia y uno más • 91

- 18. Un comunista de mucho cuidado • 97

- 19. La sección femenina • 102

- 20. Cien años de honradez y cuarenta de vacaciones • 104

- 21. La antigüedad debe ser producida por nosotros • 108

- 22. Contubernio judeo-masónico • 114

- 23. Es duro ser pingüino • 117

- 24. Valle de las caídas • 120

- 25. Vale quien sirve • 125

- 26. Esto con Franco pasaba • 129

- 27. No se te puede dejar solo • 132
- 28. Centinela de la ciudad más antigua de Occidente • 133
- 29. La carga de la brigada político-social • 135
- 30. Mensajes de Navidad de Sus Majestades • 140
- 31. El solar de los caídos • 140

Segunda parte. Los muertos de Cádiz • 145

- 32. Gaditanos, Fosotti ha muerto • 147
- 33. Una, grande y liberal • 151
- 34. Bandidaje y terrorismo • 156
- 35. Hemos pasao • 160
- 36. El Proceso de Burgos • 163
- 37. La espalda más limpia de Europa • 168
- 38. Correlación de debilidades • 171
- 39. Detente bala, el Sagrado Corazón • 175
- 40. Melitón y las tres manzanas de las Hespérides • 181
- 41. Olvido y perdón • 188
- 42. Al alba, al alba • 191
- 43. Cautivo y desarmado • 194
- 44. Ruido de sables • 195
- 45. Cádiz es una ciudad de más de un millón de cadáveres • 199
- 46. Parte médico habitual • 204
- 47. Cartago será destruida • 206
- 48. Y después de Cádiz, ¿qué? • 207
- 49. Siete minutos de octubre • 209

La fiesta de los Tosantos • 213

- 50. Crónica sentimental de Cádiz • 215
- 51. Transición modélica • 218
- 52. Canciones para después de una guerra • 222
- 53. La idea de exterminio y expulsión • 225

A mis hijas

La historia enseña, pero no tiene alumnos.

Antonio Gramsci

*Llegará el día en que todo el que os quite
la vida creará rendir culto a Dios.*

Juan 16:2

*¿Es posible que el antónimo de «olvidar»
no sea «recordar», sino «justicia»?*

Yosef Hayim Yerushalmi

La calavera está muerta de risa

1. Católica, apostólica y fenicia

El albañil se extrañó de la calidad y diferencia del golpe. La espiocha se había clavado en una suerte de piedra falsa que había cedido hasta un vacío, un hueco. Como si hubiera dado con una bolsa de aire.

—Carajo.

Cuando desenterró la punta de la herramienta, dio unos golpecitos con el puño para comprobar la extensión del hueco como si llamara a una de las puertas de Tebas. Quiso pensar que había localizado el aljibe, debido a la profundidad de la zanja.

Aplicó la espiocha con cuidado para ir rompiendo aquella capa rugosa de conchas marinas. Fue descubriendo una superficie lisa, una meseta marmórea.

—¿Qué carajo es esto?

Le ganó la emoción infantil del buscador de tesoros. Apartó cascotes y sacudió arena como en una mesa de playa en un día de viento de levante. Aquello no era el depósito secreto de agua de lluvia que esperaba encontrar.

Eran unas manos labradas. Pequeñas. La derecha sostenía una guirnalda de hojas, o flores. La izquierda, un palo, o un báculo.

—Madre mía.

Las acarició.

Transido de una energía que nada tenía que ver con el trabajo asalariado, comenzó a ampliar la zanja y a excavar el escombros de su curiosidad. La frenética actividad llenó de golpes la escalera de mármol hasta las plantas de aquella casa palacio que había acabado compartimentada en casa de vecinos. Llamó la atención de la vecina del segundo, que se asomó a la galería, extrañada.

Una hora después lo tenía completo. Salió de la zanja y se colocó en el filo para observar desde la altura. Se llevó la mano a la boca como si quisiera detener las palabras.

—No puede ser.

La tapa del sarcófago representaba, en altorrelieve de mármol blanco, el rostro cálido y sereno de una niña, de pelo ensortijado, ojos grandes, nariz recta. Vestía una túnica bajo cuyo borde asomaban los pies con sandalias. Protegía el sarcófago una funda de sillares de piedra ostionera.

—¡Qué pelotazo! —susurró llevándose la mano terrosa a la frente.

Las lágrimas comenzaron a aflorar y se mezclaron con el sudor como si fuera el arqueólogo que hubiera descubierto, por casualidad, la última joya fenicia del Mediterráneo.

Bajó a la zanja y acarició la mejilla de mármol de la niña.

—Mira qué carita más gitana.

La curiosidad ganó terreno a la sorpresa. Introdujo los dedos por el filo de la tapa del sarcófago. Tras varios tirones, el sellado cedió y la tapa se abrió. La levantó y, por unos segundos, pareció surfear el aire. La deslizó hacia uno de los costados de la fosa con cuidado de no romperla. Compuesto como un puzle anatómico, el pequeño esqueleto estaba cubierto de una suerte de gasa podrida. En el cráneo roto se podía ver el rastro de un golpe. Junto a los huesos, un breve ajuar funerario compuesto por un escarabeo y siete cobras erguidas. Levantó la cabeza hacia la luz de la montera como si buscara la respuesta en la vieja vecina que fisgoneaba asomada a la ventanita de la galería envisillada.

—¿Eso qué es, chiquillo?

El albañil sonrió.

—Una niña fenicia, señora. Una fenicia.

—¿Una niña? Dios mío de mi alma —susurró la mujer persiguiéndose.

Un anciano embolsado, conocido por Pepe el Boca, entró en la casapuerta. Se extrañó al ver al albañil dentro de un agujero, rodeado de montañas de escombros. Al pasar, el rostro marmóreo de la niña le obligó a detenerse.

—¿Qué carajo es eso?

—Un sarcófago fenicio, Pepe. Mira.

El albañil señaló la tapa.

—¿Pero ustedes no estabais buscando la fuente esa? ¿La de la Jara o como coño se llame?

—Sí, Pepe, pero ha aparecido este regalo.

—Ojú. Ya tenemos nosotros la obra encima hasta el verano que viene —se quejó.

Pepe el Bocao escaneó el yacimiento con sus ojos de TAC. Observó los huesos dentro del sarcófago. Se persignó con mucha pompa.

—¿Ahora qué hacemos?

—Hay que llamar a los del museo. Y que lo pongan con los otros dos. El padre, la madre y la hija —ordenó la vecina haciendo referencia a los otros dos sarcófagos antropoides fenicios hallados en Cádiz con cien años de diferencia, el de un hombre y el de una mujer.

—Ni museo ni *na*, que esos se lo van a llevar y no podremos disfrutarlo —se justificó el albañil alzando la vista—. Esto lo he encontrado yo. Y el que debe cuidarlo es mi colega el Beni, que sabe de esto tela.

—Hay que volverlo a enterrar —propone Pepe el Bocao—. Esto va a ser un coñazo.

—¿Qué estás hablando, Pepe?

—Los muertos de Cádiz —se quejó Pepe—. ¡Si es que escarbas un poquito y te sale un romano!

El albañil buscó el teléfono en una mochila y llamó.

—Beni, no te lo vas a creer. Vente *pacá* —hizo una pausa para escuchar a su interlocutor—. No, no es el pozo de la Jara.

La voz se fue corriendo como una mancha de aceite en la pata de un pantalón. La noticia del descubrimiento impregnó el barrio, inmerso en sus rutinas de miseria y maravilla, que esperaba ansioso el aún lejano puente de octubre.

—¿Un qué?

—Un sarcófago, Pepi.

—¿Dónde?

—Ahí en el patio de la casa de Pepe el Bocao.

—¿Dónde están las obras?

—¿En el patio?

—En el patio.

El patio de la casa de Pepe el Bocao se fue llenando, como un tetrís del figoneo, de vecinos, de curiosos, de gente que pasaba por allí, encontraba el tumulto y se acercaba a preguntar qué era el descubrimiento.

—¿Una romana? —preguntó la abuela que apoya sus pasos en un viejo carrito de la compra.

—Una fenicia —aseguró el quinquí que pasaba por allí con una caña de pescar y un cubo vacío.

—¿Una fenicia? —se interesó el jubilado poniéndose de puntillas para ver algo entre las cabezas que llenan la casapuerta.

—Pero chica. Una niña— le contestó la *anganga* de pies tatuados.

—¿Una niña?

—Una niña —respondió la vecina del número contiguo que aún llevaba las manos mojadas de fregar.

—¿Han llamado a los del museo? —comentó la erasmus asimilada que vivía a dos calles de allí.

Pronto se organizaron y autoregularon los custodios del yacimiento frente a aquel coro griego que se lanzaba a teorizar el origen, circunstancias y final de la fenicia.

—Ea, ya está la familia completa —celebró el repartidor del butano.

Un hombre calvo y con sobrepeso, ataviado de chaleco de explorador y determinación histórica para sortear las hileras de curiosos y vecinos, irrumpió en la casapuerta. Tras varias fintas e imperativos de paso alcanzó la zanja.

Se asomó y se tapó el rostro con las manos. El albañil le palmeó la espalda como si reconociera y celebrara el esfuerzo en una larga búsqueda que ese día terminaba.

—Don Pedro Martínez de Manguía tenía razón —anunció el calvo con tono de llorera triunfal—. La que faltaba.

Primera parte. Truco y trato

No se puede llegar al oscuro poniente de Gades.

Píndaro

2. La familia que reza unida permanece unida

—Estoy *preñá*.

La voz de la Paqui llena el aire viciado de la oficina de Bechiarelli. Vestida de miriñaque y sombrillita, parece una castiza dama de las camelias.

De repente, el estrépito de unos cristales rotos quiebra el silencio tenso que ha dejado la declaración. Ambos se giran para comprobar que el estallido es el cuadrito donde Bechiarelli enmarca sus papeles de detective.

—Carajo, qué susto.

Se aguantan las miradas. En la de la Paqui hay escepticismo. En la de Bechiarelli, miedo.

—¿*Preñá*? ¿De quién?

—¿De quién va a ser, *Rafaé*, picha?

Ante el tono de evidencia y enfado, Bechiarelli respira hondo. Es consciente de que, en los últimos meses, su relación con la Paqui se ha consolidado hasta considerarla dotada de una estabilidad a prueba de vaivenes y mamoneos. No solo por el conteo de horas juntos y por la relajación en el uso de anticonceptivos, sino también por ser merecedora de la carga y mofa de sus amigos ante su ausencia en las francachelas habituales.

—Pero ¿eso cómo va a ser? —pregunta como si fuera un agente secreto hablando de un agujero en la seguridad.

—¿Quieres que te enseñe el Predictor, tío *desconfiao*?

—¿Y qué vas a hacer?

La Paqui lo censura con una mirada cargada de reproche.

—Yo me-cago-en-tus-muertos. «¿Qué vamos a hacer?», ¿no, *Rafaé*?

La ofensiva y el enfado alcanzan un nivel de seriedad peligroso. El plural lo apabulla.

Ansía que la siguiente bocanada de aire sea del humo sanador de un porro o *macafly* del 15 que le delimite el miedo y la incertidumbre. Así, sin contemplaciones. Algo que le detuviera las dudas milenarias ante la siempre postergada e improbable paternidad.

¿Ser padre?

La respuesta es la quiebra técnica en la que vive, las estrecheces felices, los trabajitos y los picotazos que lo mantienen como un detective *low cost*, de barrio, avisado y siempre atento al tangazo o a la oportunidad.

—Ni de coña —se le escapa en voz alta.

—Ya sabía yo que te cagabas, hijo —brama la Paqui—. ¡Cagao!

La dama de las camelias camina, con el paso enfaldado y los afeites de su disfraz de dama de alcurnia, hasta la puerta de chapa de la oficina y al más que próximo y sonoro portazo de la indignación y el arrebató. Bechiarelli se traslada a un cuadro de un sainete decimonónico.

—Paqui, no te enfades —farfulla—. No me lo esperaba.

Ella se gira y lo señala con un dedo enguantado que acompaña a una mirada que corta el aire escénico del cuadro.

—¡Pernil de canela! —le grita.

—Yo es que... nunca quise ser padre, hija.

Cuando la Paqui abre la puerta, aparece una mujer de unos sesenta años enmarcada en la leve luz de la tarde de octubre. La Paqui da un respingo al encontrar aquella figura enlutada.

—¡Coño, que me ha *asustao*! —protesta la señora.

La anciana lee el escenario con una rapidez de ojos experimentados a pesar de la hechura de ambos. Una dama y un vagabundo.

—Si eso, vengo después, hijo, que no tengo bulla, pero bueno —se disculpa sin moverse del sitio.

La Paqui, aparte de quitarse de en medio y rebajar el enfado ante la espectadora, sabe leer el interés y la necesidad por resolver una duda en la falsa disculpa de la señora. Y también sabe que Bechiarelli es lento para las cosas importantes.

—Hablamos después. Atiende a la señora.

Bechiarelli, con la lentitud y el envaramiento de la noticia de su paternidad, se aproxima a la puerta como un custodio conmocionado.

—¿Dónde estás currando? —pregunta implorando—. Me acerco cuando termines.

—¿No me ves? —Muestra el atuendo—. Haciendo de dama de las camelias para unos cruceristas. Tengo una ruta por las casas palacio. Y vamos a ver el patio de la casa de Pepe el Boca, donde han encontrado un sarcófago chico fenicio.

—¿Otro sarcófago?

—Otro. Pero, esta vez, el de una niña —el tono y la sonrisa de Paqui es de una ironía amarga—. La que faltaba.

—Carajo. Qué casualidad.

—Uy, lo del sarcófago, ¡qué gracia!, ¿verdad? —apostilla la mujer enlutada como si participara en esa gran conversación de los temas del día de una ciudad como Cádiz—. Ya están los tres juntitos. La familia de sarcófagos unida.

Bechiarelli busca respuestas en el rostro serio de Paqui. Se despidе sin saber qué decir, con una pregunta en los ojos.

La Paqui es un taconeo alejándose por la calle Bendición de Dios.

La aparición sorpresa de un sarcófago infantil hunde a Bechiarelli en el futuro incierto que le espera. ¿Le da como para tener un hijo trabajar con las desapariciones, las infidelidades, las bajas falsas? ¿Podría criar a su hijo siendo un detective que cobra en especies del tipo ropa, marisco, hachís?

Me veo de vigilante jurado otra vez, se dice.

En el descenso, recuerda y sabe que, en un estrato profundo de su pasado, esconde un tesoro a modo de seguro de vida. Fue el pago de su colega Enrique el Marinero por resolver el caso del mariscador. Dos ánforas fenicias y un quemaperfumes. Un timiaterio. Una posibilidad de financiación conservada en la urna del museo de la tiesura.

¿Será un padre que trafica con arqueología?

No hay otra, picha.

El detective bufa como si quisiera secar toda la ropa de bebé tendida en las azoteas de Cádiz.